

CAPITULO LXIII.

Da comienzo la conquista del ducado de Güeldres.—El Emperador y el duque de Cleves.—El duque de Orleans.—Su estancia en el Luxemburgo.—Sitio de Landreycy.—Los infieles como auxiliares de los franceses.—La Dieta de Spira.

El día 20 de julio de 1543 llegó á Spira el Emperador, y sin detenerse mas espacio que el suficiente para dar audiencia á los protestantes y rechazar acremente á los que trataron de interceder en favor del duque de Cleves, dirigiéndose á Bona, y en 15 de agosto se puso al frente de un ejército de treinta mil hombres que se aumentó bien pronto con el que al mando del príncipe de Orange acababa de enviar de los Países Bajos la reina D.^a María.

Con semejante muchedumbre lanzóse el Emperador sobre los estados del duque, quien se vió obligado á retirarse ante la superioridad numérica de su contrario, y este fue á poner cerco á la fuerte ciudad de Duren.

Los sitiados, con un exceso de arrogancia y obcecación, mostraron por encima de las murallas una bandera empapada en sangre, mientras lanzaban al aire un volador de fuego, con lo que manifestaban su resolución de defenderse, y desafiaban al Emperador á sangre y fuego.

Pero bien caro pagaron semejante alarde, porque asaltada valientemente la ciudad por un puñado de españoles, acobardáronse los de adentro, y la ciudad fue entrada á saco, degollados sus defensores y habitantes, y finalmente entregada á las llamas el día 24 de agosto.

«Intimidó y asustó este ejemplo de crueldad á las plazas vecinas, dice Lafuente; cundió por el país la fama del arrojo de los españoles, de quienes se decía que trepaban hasta por las paredes lisas, y todas las fortalezas y ciudades se fueron rindiendo al Emperador. El mismo duque, convencido de la imposibilidad de mantener su estado sino encomendándose á la clemencia del César, tomó la resolución de ir á echarse á sus pies con quince caballeros de los suyos. Duro estuvo con él el Emperador, y, contra su carácter natural, se gozó inhumanamente en humillarle. Primeramente se negó á darle audiencia; despues, como el señor de Granvela intercediese por él, le recibió sentado en su silla, vestido de ropa talar y con todo el aparato de su corte (13 de setiembre, 1543). Llegó el duque de Cleves, que era una gentil y muy apuesta figura, acompañado de cuatro caballeros, y se arrodillaron todos delante del César, el cual los tuvo á todos un buen espacio en aquella degradante postura, sin corresponderles siquiera con un signo de cortesía. Pidieron perdon por aquel en dos breves arengas el duque de Brunswick y el embajador de Colonia, y el Emperador mandó á su secretario que respondiese por él en muy pocas palabras, diciendo que quedaba perdonado, no obstante que su desacato habia sido tan grande. Entonces Carlos le mandó levantar, levantóse tambien él mismo, mudó de semblante, le recibió risueño y le alargó la mano.»

Las condiciones que le impuso para admitirle nuevamente en su gracia fueron, que mantuviese la fe católica en todas sus tierras hereditarias, que se separase de la alianza con los reyes de Francia y Dinamarca, y que renunciase por completo el ducado de Güeldres en favor del Emperador y de sus herederos y sucesores (1).

Tan luego estuvo formalizado el contrato, devolvióle el Emperador todos sus estados, y mas tarde le dió la mano de su sobrina María, hija de su hermano Fernando.

Al par que el Emperador en quince días ganaba una tan importante provincia limitrofe de sus estados de Flandes, y al mismo tiempo privaba al rey de Francia de un poderoso auxiliar, Francisco, por medio de su hijo el duque de Orleans, tomaba posesion del Luxemburgo, recibiendo de su padre, que con este objeto acudiera á reunirsele, la investidura de aquel ducado.

Tan luego se encontró el Emperador desembarazado de la cuestion del ducado de Güeldres, penetró con su ejército en el reino de Francia y fué á establecer sus reales ante la fuerte plaza de Landreycy.

Apretado ya el cerco y comprometida algun tanto la situacion de la plaza, llegaron en su socorro el rey de Francia y el Delfin al frente de un ejército de cuarenta mil hombres y diez mil caballos, anunciando que iban á combatir á los españoles, á destruirles por completo y á perseguirles con encarnizamiento.

El Emperador arengó á sus tropas diciéndoles, que si en el día de la batalla viesan caido al Emperador y al estandarte imperial que llevaba D. Luis Quijada, acudiesen primero á levantar este que no en su auxilio.

Pero la batalla no se dió, porque la fue rehuyendo el enemigo, hasta que finalmente se declaró en retirada, y tendiendo por este medio un lazo á los imperiales, las tropas que el Emperador envió en su seguimiento fueron deshechas en la emboscada que el Delfin dispusiera, en 7 de noviembre de 1543.

De este sitio, en el cual toda la Europa creyó ver terminadas las contiendas que por tan dilatado período la conmovieron, no resultó desgraciadamente mas que la pérdida de algunos millares de hombres sin resultado alguno, gloriándose los franceses de que su Rey tuviera destreza bastante para socorrer á los de la plaza, mientras los españoles se quejaban de que el francés esquivase la batalla

(1) Veinte y siete eran las condiciones de la capitulación, pero las mas importantes son las expresadas.—*Coleccion de tratados de paz*, tomo II.—*Anales brabantinos*, tomo I.—Sandoval, lib. XXV, párr. 41.

que en varias ocasiones le presentara el Emperador, y para lo cual, el mismo Francisco viniera desafiándole.

Tambien aseguran que solamente pudieron librarse los franceses de la derrota que les amenazaba y de que quedasen prisioneros el Rey y el Delfin, por la traicion de algun general ó por falta de veracidad de los espías, apoyándose ó fundándose al decir esto en que el Emperador dijo á Fernando de Gonzaga, su general, tan luego vió el resultado:—«Vos me habeis quitado hoy mi enemigo de entre las manos.»

Los historiadores italianos, franceses y nuestro Sandoval no se muestran muy acordes respecto á este punto; es verdad que esto suele sucederles en muchas otras ocasiones, pero parece fuera de toda duda que algo de deslealtad debió haber, por cuanto Gonzaga y el capitán Salazar se inculpaban recíprocamente, viéndose obligado el segundo á venirse á España, donde, si quedó libre de la prision en la cual le puso el alcalde Ronquillo, fue á condicion de no hablar mal del general.

Al mismo tiempo que tenian lugar estos sucesos, otros no menos graves pero mucho mas escandalosos estaban produciéndose á consecuencia de la absurda é injustificada alianza del rey de Francia con el gran Turco.

Invasido el reino de Hungría por el ejército de Soliman, las ciudades y plazas mas importantes iban cayendo en su poder, mientras que por la parte del mar el terrible Barbaroja arrojándose sobre las costas de Italia, incendiaba y saqueaba importantes ciudades, reuniéndose finalmente con la flota francesa, y poniendo sitio á Niza, prostrer refugio del duque de Saboya.

La oportuna noticia de la llegada del marqués del Vasto en socorro del duque, así como el disgusto que entre el corsario musulman y el almirante de la escuadra francesa empezó á reinar, obligóles á separarse, levantando el cerco en el mes de setiembre, y enviando aquel al Sultan trescientos niños y niñas cautivos, á los cuales mas tarde rescataron D. García de Toledo y D. Antonio Doria con las galeras de Malta y del Pontífice.

El rigor de la estacion, á pesar del cual, segun todos los historiadores, D. Alvaro de Bazan consiguió en el cabo de Finisterre apresar á la armada francesa diez y seis navios, obligó á franceses, turcos é imperiales á suspender las hostilidades.

Durante este espacio, el Emperador se convino con Enrique de Inglaterra en atacar juntos á los franceses, fijándose la fecha en que el segundo habia de penetrar con su ejército en Francia, á fines de mayo de 1544.

Tambien consiguió el Emperador separar de la alianza de Francisco al rey de Dinamarca, dedicándose despues á captarse las simpatías de los príncipes alemanes en la Dieta de Spira, de la cual un historiador de nuestros días dice lo siguiente:

«Fue esta Dieta de Spira la mas numerosa y brillante que jamás se habia visto, y nunca habian concurrido tantos príncipes, doctores, eclesiásticos y representantes de las ciudades; asistió tambien el rey D. Fernando de Bohemia, hermano de Carlos, y nunca el Emperador se vió mas lleno de su majestad. Creyó Carlos V que no era ocasion sino de contemporizar con los protestantes para atraerlos, y procuró desde luego ganar la amistad del Elector de Sajonia y del Landgrave de Hesse, que eran los principales del partido reformista, no siendo escaso en hacerles concesiones á fin de obviar embarazos. Cuando ya juzgó poder hablar con libertad, comenzó por exponer á la Dieta los principales designios por que trabajaba, á saber: la reunion de un concilio general para sosegar las discordias religiosas que inquietaban el imperio, y las medidas convenientes para atajar la pujanza de los mahometanos, cuyos dos grandes objetos estaba impidiendo la criminal ambicion del rey de Francia, promovióndole injustas guerras, y sobre todo, dando á la cristiandad el inaudito escándalo de llamar los ejércitos y armadas del gran Turco, y atraerlos al centro de las naciones cristianas.

«Insistió sobre el espectáculo irritante y sin ejemplo de haberse visto combatir juntas y como hermanas la ciudad de Niza, las lises de Francia y las medias lunas de Turquía, las armas del rey cristianísimo y las del sultan de los mahometanos.

«Manifestó que el injustificable encono del rey Francisco era el que le impedia congregiar el concilio y acudir, como deseaba, á libertar la Hungría, la Alemania y la Italia de las audaces invasiones de Soliman y Barbaroja, y exhortó á todos á que se anularan con él para combatir á los enemigos públicos de la cristiandad.

«Corroboraron las razones del Emperador su hermano D. Fernando y el duque de Saboya, y las escusas que los embajadores de Francisco se esforzaron por exponer en la Dieta, no fueron atendidas ni casi escuchadas.»

«El Emperador habia ganado todos los ánimos. El resultado fue adherirse la Dieta á las ideas de Carlos, declarar la guerra al rey de Francia, y ofrecerle un ejército auxiliar de veinte y ocho mil hombres (1.^o de abril, 1544) sostenidos por la liga, y para cuya subvencion se haria un repartimiento general entre todos los estados y ciudades imperiales (1).»

(1) *Journal de Vandenesse*, 209.—*Memorias de Granvelle*, tom. III. Lafuente, *Historia de España*.



J. SERRA JIT.

LIT. VIDAL, OLMO 29.

BATALLA DE CERISOLES.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO LXIV.

Comienzan de nuevo las operaciones.—Batalla de Cerisoles.—Repónense inmediatamente los españoles del desastre sufrido.—Marcha el Emperador sobre París.—Negociaciones para la paz.—Los ingleses penetran en Francia.—Paz de Crespy.—Regresa el Emperador á Flandes y licencia su ejército.

Aun cuando el rey de Francia conocía el poder de su adversario, aun cuando tenía noticias de la alianza que este había hecho con el monarca de Inglaterra, y que por lo tanto, las fuerzas que ambos podían presentarle eran sobradamente poderosas, acreciendo en actividad y en bríos en la proporción en que el peligro le amenazaba, no creyéndose seguro de la ayuda de Barbaroja, de quien supo que había recibido regalos de Andrés Doria, despidióle y se quedó con sus propios recursos para hacer frente á su poderoso enemigo.

Reunió un buen ejército, y puesto al frente de él Francisco de Borbon, conde de Enghien, se anticipó á los imperiales en abrir la campaña, y fué á sitiar la plaza de Cariñan, en cuyo socorro acudió desde Milan el marqués del Vasto resuelto á dar la batalla á los franceses.

Aumentada la hueste de estos con multitud de caballeros que, teniendo á honra, acudieron á pelear con tan joven y tan esforzado general, dióse la batalla en una extensa llanura, en las inmediaciones de Cerisoles.

El conde de Enghien hallábase ganoso de señalarse en algun notable hecho de guerra, y aprovechó perfectamente la ocasion que el mismo marqués del Vasto le ofreció.

Hábale prohibido Francisco que aventurase batalla alguna de importancia, pero al ver al marqués del Vasto tan resuelto, envió al Rey un mensajero tan elocuente como Monluc para ver si conseguía hacerle variar de opinion.

El Consejo del Monarca mostrósese contrario al deseo del valiente conde de Enghien, pero de tal modo supo Monluc interesar á Francisco y á la corte; con tales colores y tal resultado pintó la empresa; tan grande era su entusiasmo y la fe que en el éxito tenía, que el Rey no pudo menos finalmente de alzar los ojos al cielo exclamando: «Andad y volved al Piamonte, y allí pelead en nombre de Dios.»

La nobleza de Francia acogió estas palabras del Monarca con el mayor entusiasmo, y marchó inmediatamente á reunirse con el joven Conde, como ya hemos dicho, el cual adquirió mayor confianza en el éxito de su empresa con semejante refuerzo.

El marqués del Vasto que, sobradamente confiado, no había ocultado su designio de combatir á su contrario, halló á este apercebido ya y dispuesto tambien á atacarle.

Ambos ejércitos lanzáronse con igual ardor á la pelea, pero bien pronto comenzaron á ceder los jinetes del marqués del Vasto, y este mismo, herido y poseído de un pánico inconcebible en quien en tantas funciones de guerra se encontrara, dióse á huir, abandonando á los suyos, calculándose que ascendió la mortandad de estos á la enorme cifra de diez mil y perdiendo gran número de prisioneros, las tiendas, los bagajes y la artillería.

«Este fue el golpe mas desastroso que sufrió el Emperador en cosas de guerra,—dice un historiador de nuestros días,—y tanto mas sensible, cuanto que á haberle sido favorable, se hubiera asegurado la paz de la cristiandad, porque el francés había echado el resto en esta batalla (1).»

Y sin embargo, Francisco no sacó de aquel hecho de armas todo el partido que debiera.

Desechó las proposiciones que se le hicieron para que se apoderase del Milanésado, y segregando del ejército de Enghien doce mil hombres, los llevó á Francia para poder resistir la invasion de los imperiales y de los ingleses.

Cárlos consiguió que el general D. Fernando de Gonzaga y el maestre de campo D. Alvaro de Sande compensaran la pérdida de Cerisoles, apoderándose de Luxemburgo, donde hallaron sobre ochenta piezas de artillería, y de algunas otras plazas de los Países Bajos.

El día 10 de junio de 1544, despues de despedida la Dieta de Spira, salió de la poblacion y penetró en Francia al frente de un ejército de cincuenta mil hombres con ánimo de marchar sobre París.

Al mismo tiempo Enrique de Inglaterra, en virtud del compromiso contraído, puso sus tropas en el territorio francés y pasaba á sitiar á Montreuil, mientras Cárlos verificaba la misma operacion con Saint-Dizier.

Uno de los medios empleados por Francisco para resistir á sus poderosos enemigos, fue el mismo empleado ya en otra ocasion en la Provenza, el de talar las comarcas por donde habían de pasar aquellos.

Saint-Dizier se rindió al fin, merced á un ardid empleado por el cardenal Granvela, y Cárlos pudo avanzar por la Champagne, llegando hasta dos jornadas de París.

El ejército francés iba siguiéndole á bastante distancia por la ribera opuesta del Marne, y tanto el uno como el otro, devastando el terreno que atravesaban, dejaban tras de sí profundas huellas de llanto y desolacion, siendo tal la destructora emulacion de que los dos se hallaban poseídos, que, según refieren los historiadores, hubo ocasiones en que el ejército imperial se encontró acampando

entre cuatro poblaciones que ardian á la par, dos incendiadas por ellos, y las otras dos por los franceses.

«La aproximacion de Cárlos V á París, dice Lafuente, produjo en los habitantes de aquella capital, susto y terror en unos, desesperacion y coraje en otros, y unos huian con sus familias á las ciudades del Sena y del Loira, y otros se preparaban á defenderla á todo trance, entre ellos, la juventud de las escuelas, que tomó animosa las armas y se organizó en banderas. El mismo Rey tuvo momentos de desánimo, hasta el punto de exclamar: «¡Dios mio! ¡qué cara me haces pagar esta corona que creía haber recibido como un presente de tu mano!» Pasando luego del dolor á la resignacion, añadió: «¡Cúmplase tu voluntad!» Y reponiéndose de su desaliento, envió al Delfin con ocho mil hombres á París, guarneció convenientemente la plaza de Meaux, y él mismo, por medio de una marcha forzada, se puso entre la capital y el campo imperial.»

Francisco I, sin embargo, mas temeroso de que Cárlos se apoderara de París que conculido por las desgracias que sufrían sus pueblos, á pesar de que hizo cuantos esfuerzos pudo para evitar que la capital cayera en poder de sus contrarios, envió distintos mensajes á Cárlos al objeto de ajustar la paz.

Por mas que al Emperador le conviniese tambien, porque su ejército carecia de subsistencias y no se le oscurecian los inconvenientes que ofrecía la inviernada en Francia, ponía algunas dificultades al objeto de sacar el mejor partido.

Sin embargo, cada día que pasaba hacíasele mas necesario al Emperador el ajuste de la paz, puesto que el Pontífice no estaba muy satisfecho con él por su conducta contemporizadora con los alemanes y por su alianza con el monarca de Inglaterra; la reforma adelantaba cada día mas terreno en Alemania, y el turco seguía como siempre amenazando el Austria.

Todas estas razones, con las que quizás contaría ya Francisco, obligaron á Cárlos á ceder, y despues de varias conferencias, firmóse el tratado de paz en Crespy, pequeña aldea situada en las cercanías de Meaux, en 18 de setiembre de 1544.

Estipulábase en este tratado la cláusula que en tantos otros se había puesto ya y jamás se había cumplido, de la perpétua paz y amistad entre aquellos dos reyes; que se devolverían recíprocamente las plazas conquistadas despues de la tregua de Niza, restituyéndose á los duques de Saboya, de Lorena y de Mantua todo aquello de que fueron despojados; que los dos reunirían sus fuerzas para combatir al turco, para lo cual se fijaba el contingente con que había de contribuir el rey de Francia, que sería de seiscientas lanzas y diez mil hombres.

Concertóse tambien el matrimonio del duque de Orleans, hijo del rey de Francia, bien con María, hija del Emperador, llevando en dote los estados de Flandes, ó bien con la hija segunda de su hermano D. Fernando, llevando como dote el ducado de Milan, reservándose el Emperador un plazo de cuatro meses para resolver cuál de las dos había de ser.

Francisco á su vez renunciaba á todos los derechos que pretendía tener á los reinos de Nápoles, Sicilia y otros estados, comprometiéndose á no auxiliar por ningun estilo al rey de Navarra, entrando en esta paz el Rey de Romanos y los demás príncipes cristianos que quisieran.

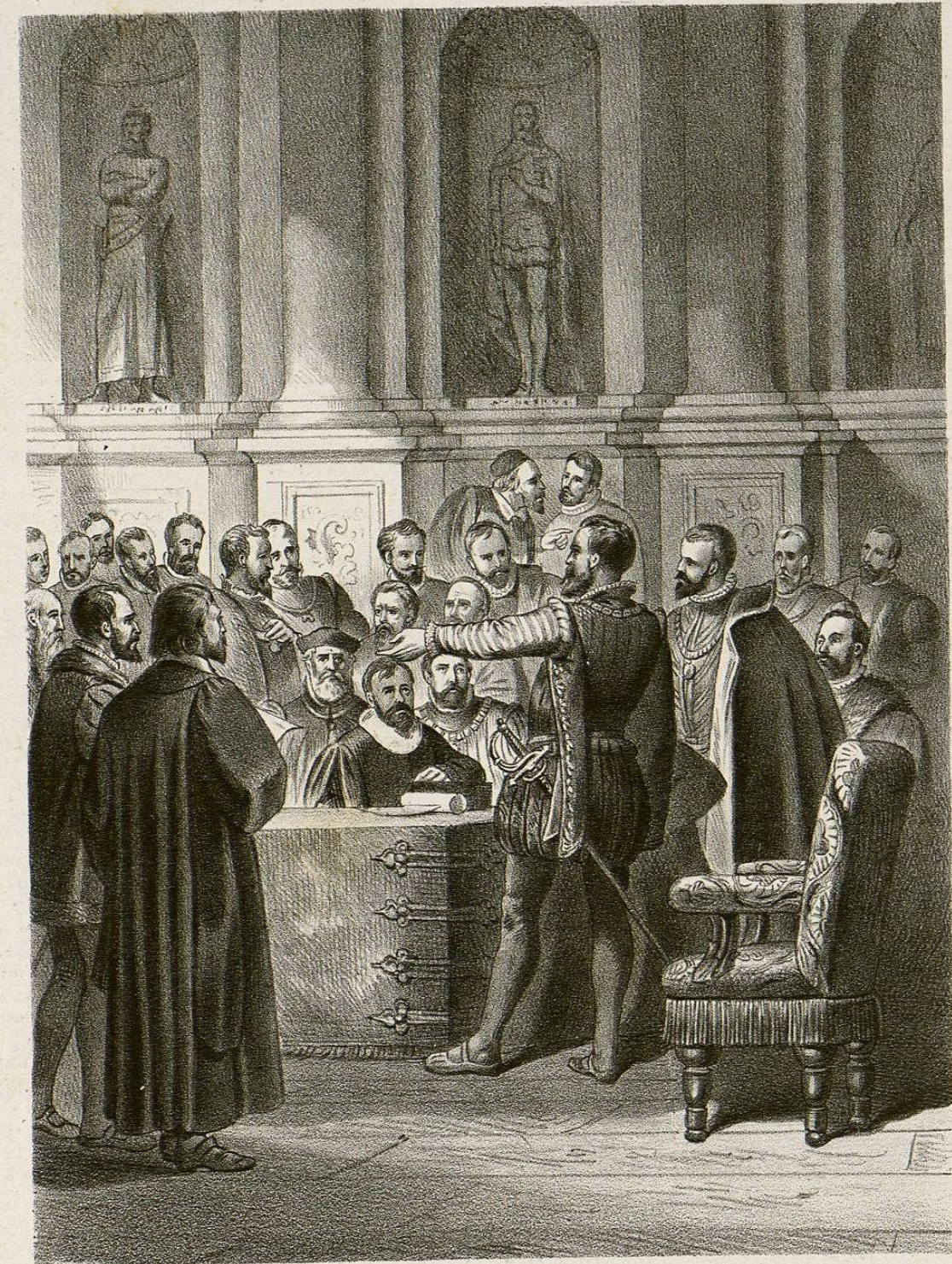
Fácilmente se comprende que semejante paz había de crear muchos é importantes descontentos, que nunca estos negocios se resuelven á completa satisfaccion de todos.

En primer lugar, hallábase el Pontífice, quien, como dice Lafuente, se proponía sacar mejor partido del rey de Francia; los protestantes alemanes estaban asimismo descontentos por una cláusula convenida entre ambos soberanos sin que en el tratado se insertase, por la cual los dos se convenían en aunar sus esfuerzos para la reunion de un concilio en que se atacara y condenara severamente la reforma; el Delfin, por la predileccion que su padre parecía demostrar respecto á su segundo hijo; el Sultan, por la guerra con que se le amenazaba, y finalmente, el rey de Inglaterra, porque se había realizado sin su beneplácito, máxime cuando de comun acuerdo habían emprendido Cárlos y él la guerra.

Y sin duda consecuencia de esto fueron las condiciones que impuso á los embajadores franceses cuando presentaron los artículos de la paz, condiciones que el rey de Francia hubo de rechazar, prosiguiendo la guerra encarnizadamente entre ambos soberanos.

Cárlos, en cumplimiento de lo estipulado, marchó á Flandes, donde licenció su ejército, exceptuando el tercio que mandaba don Alvaro de Sande, el cual había de pasar á Hungría.

Profunda estrañeza causó que el Emperador, tan poderoso entonces respecto á su rival, estipulara en las condiciones de aquel tratado el desprenderse de unos estados respecto á los que, aun en otras circunstancias mucho mas difíciles, no había querido transigir, pero todos los historiadores están conformes en que el mal estado de su salud, y la gota, que hacia tiempo le aquejaba, abatieron sus bríos, en términos que al presentarle el embajador francés en Bruselas el tratado para que lo ratificase, le dijo:—«No temais que yo haya de quebrantar el tratado, porque la mano que apenas puede sostener una pluma no está ya para blandir la lanza.»



DIETA DE WORMS.

Riera. Editor. Barcelona. Robador. 24 y 25.

(1) El historiador Sandoval indica la coincidencia de que precisamente en igual día que la batalla de Cerisoles, que tuvo lugar el primer día de Pascua de Resurreccion de 1544, habianse perdido tambien en años anteriores las de Ravenna y los Cerbes.